

SEGUNDA PARTE

I. Leer, pensar y escribir

En este libro procuramos perfeccionar dos prácticas complementarias: la **lectura** de textos universitarios de humanidades y ciencias sociales, desarrollada en la primera parte, y la **escritura** de trabajos académicos, que veremos a continuación.

Aprender a expresarse por escrito requiere adquirir familiaridad con un sistema de reglas. Dicho sistema, que incluye la ortografía, la sintaxis y el sentido preciso de las palabras, no es caprichoso: conocerlo y respetarlo es el único modo posible de interpretar las ideas de los demás y concebir y comunicar las propias, dado que los errores vuelven ambiguo, cuando no indecifrable, el discurso, oral o escrito.

Producir un texto es exteriorizar ideas a través del lenguaje escrito. El tránsito entre pensamiento y escritura no es una operación simple. Las ideas que concebimos en nuestra imaginación tienen una forma imprecisa hasta que las concretamos en un párrafo, en un dibujo o en algún tipo de lenguaje. La operación de

llevar las ideas desde nuestra mente hasta un texto escrito implica mucho más que transportarlas de un formato a otro: requiere conocer las palabras que lo representen y la forma de organizarlas en períodos coherentes y significativos.

El lenguaje –en este caso, la palabra escrita– no sólo expresa el pensamiento, sino que lo constituye. Un buen texto no depende sólo de sus características formales. También debe reflejar, cualquiera sea su estilo, un pensamiento claro, que, precisamente, debe su claridad a la corrección gramatical y la riqueza de vocabulario disponible. Muchas veces, cuando al intentar el traslado de las ideas al papel obtenemos un resultado confuso e inmaduro, **el problema reside en que el trabajo mental de ordenamiento, precisión y comprensión está incompleto**. Escribir es, ante todo, un camino para *producir* el pensamiento, y nos permite reconocer el estado de nuestras ideas.

La producción de conocimiento se manifiesta, entonces, en un discurso que empleamos simultáneamente como una herramienta y una meta: sirve para darle forma a nuestras ideas y, mejor aún, para darles a esas ideas mayor precisión y capacidad persuasiva, y también es el resultado de nuestro estudio. El éxito de esta empresa, sin embargo, depende de la capacidad de cuestionar la propia naturaleza de los conocimientos, poniéndolos a prueba mediante la crítica, para obtener un producto mejor. En el interior de un texto universitario se pone en juego mucho más que la armonía o la elegancia de un escrito: es el espacio donde capturamos el saber, lo interrogamos y lo transformamos en un texto.

Si un texto no consigue transmitir las ideas con claridad, la primera batalla de la escritura está perdida. Quien escribe se esfuerza por ser comprendido por quienes lo van a leer; pero, al mismo tiempo, debe comprender, cabalmente, lo que desea expresar.

Todo trabajo intelectual implica el deseo de comunicarnos con otro y hacerle llegar nuestras opiniones y conclusiones acerca de un tema sobre el que hemos reflexionado e investigado. En el contexto universitario, también significa tomar ideas y conocimientos de otros para aprender de ellos. No se trata, sin embargo, de tomar cualquier cosa que se haya dicho sobre el asunto que nos ocupa. La universidad persigue un tipo de conocimien-

to específico, legitimado por la comunidad académica de la que forma parte. Por lo tanto, al estudiar será preciso buscar fuentes también académicas y científicas, que nos permitan aumentar nuestro caudal de conocimiento y a la vez construir nuestra propia mirada. A menudo debemos apoyarnos en ideas ajenas para definir una posición singular ante un problema determinado. Si tenemos que escribir un trabajo, buscaremos fuentes de información e inspiración en textos pertinentes, es decir en libros y ensayos producidos en el ámbito universitario.

2. La escritura como lectura

La escritura en la vida universitaria está siempre ligada a la lectura. Aprender a escribir significa, en gran medida, aprender a leer.

A diferencia de las obras literarias –poesía, narración, etcétera–, que pueden basarse exclusivamente en experiencias, sentimientos o deseos, en la universidad se escribe a partir de las producciones de otros autores y de las ideas que ellos nos despiertan. Un ensayo, por ejemplo, contrariamente a una carta de amor o una novela, debe estar apoyado por bibliografía específica, ya que será juzgado en el marco de un curso –como la mayor parte de los escritos producidos por los alumnos– o publicado, en forma de artículo en una revista científica o de capítulo de un libro, si lo ha realizado un docente. Esto no significa en modo alguno que el deseo y la imaginación deban estar ausentes de un texto a nivel académico.

Ambos son necesarios para escribir, porque impulsan nuestro interés y motivan la curiosidad del autor y del lector. Todo acto de escritura universitaria parte de un núcleo que puede convertirse en pregunta: “¿Por qué este cuento narra un crimen? ¿Qué significa este personaje? ¿Cuál es la relación entre el capitalismo y la exclusión social? ¿Cómo fueron influidas ciertas instituciones por las ideas de algunos intelectuales en la formación de la nación?”. Incluso la experiencia puede ser también fuente de inspiración para comenzar a escribir. Muchos temas nos interesan

porque forman parte de nuestras propias áreas de trabajo, esparcimiento u otras actividades paralelas a las profesionales: un estudiante de sociología, por ejemplo, puede elaborar una investigación sobre la difusión de un deporte entre determinados sectores sociales, porque está vinculado con ese mundo.

No obstante, en un escrito universitario, las predilecciones, la curiosidad y la intuición deben someterse a una argumentación racional que tenga coherencia y se sostenga en fuentes legítimas de conocimiento. ¿A qué se debe esta condición? Fundamentalmente, a que la función de lo que se escribe en la universidad es producir conocimiento, y el conocimiento sólo puede producirse a partir de ideas, investigaciones y análisis generados en el mundo académico con los que establecemos un diálogo. Utilizar nociones ajenas no significa repetirlas, sino tomarlas como un punto de apoyo para desarrollar una argumentación propia, que permitirá establecer la posición que se procura transmitir a los lectores.

▶ **Práctica N° I**

La revista académica *Interseções. Revista de Estudos Interdisciplinares* publicó el ensayo de Santiago Falluh Varella, titulado "A demografia da família brasileira".¹ Junto al título del artículo se incluyen cinco conceptos clave: *família, fecundidade, nupcialidade, pobreza y condições de vida*. Su función es orientar al lector acerca de las ideas, contenidos y problemas que se abordan en el artículo, de modo que un investigador pueda anticipar su temática y enfoque.

Sobre la base del ejemplo citado realice la siguiente actividad:

1. Consulte una revista académica de cualquier disciplina.
2. Transcriba cuatro títulos de artículos publicados en ella.
3. Elija uno, léalo e imagine sus 5 palabras o frases clave.
4. Invente un título para un artículo o monografía.
5. Proponga las palabras clave relacionadas con él.

1. Falluh Varella, Santiago: "A demografia da família brasileira", en *Interseções. Revista de Estudos Interdisciplinares* 4, 1, Rio de Janeiro: PPCIS-UERJ, enero-junio 2002, pp. 83-98.

Si la materia de la monografía es literatura, se trabajará sobre un **texto principal**, es decir el objeto de análisis, y con **bibliografía secundaria** acerca de ese texto, su contexto y su autor, a la que acudiremos para ampliar nuestro conocimiento y descubrir puntos de discusión. Naturalmente, elegiremos un **problema** y una **hipótesis** de respuesta, que intentaremos demostrar con nuestra argumentación a lo largo del ensayo. En un curso de historia o de sociología, también tendremos un tema (por ejemplo, la familia brasileña) sobre el cual elaboraremos una hipótesis (el índice de pobreza reemplazó a la tasa de natalidad como instrumento analítico de la familia brasileña) y un conjunto de artículos y fuentes secundarias de donde extraeremos la información y los datos frente a los cuales vamos a establecer nuestra posición personal.

Veamos esta cuestión más de cerca en un ejemplo concreto. Si el tema que nos interesa es el de la conquista de América, en primer lugar trataremos de acotarlo para encarar un aspecto más específico, capaz de ser analizado en una monografía. Esta operación se llama **subdivisión** y consiste en delimitar, dentro del tema general del trabajo, un tema menor acorde con la extensión y profundidad con que vamos a elaborar el escrito. Una monografía de un estudiante secundario avanzado o de un ingresante a la universidad tendrá una extensión de aproximadamente 5 o 6 páginas. Por lo tanto, es preciso acotar el tema para poder abarcarlo en los límites de espacio, tiempo (no es igual un mes durante las vacaciones que dos semanas en período de exámenes) y capacidad de estudiarlo de que dispongamos.

Digamos que hay un episodio de la conquista que nos resulta particularmente interesante: el de la llegada de Hernán Cortés y un pequeño grupo de españoles a la ciudad de Tenochtitlán, capital del imperio azteca, entonces una metrópoli considerablemente más grande que Roma o Londres, y su victoria sobre los aztecas.

Un segundo paso será buscar en libros de historia fuentes específicas que nos permitan aprender más sobre los acontecimientos y aumentar nuestro saber sobre el tema en cuestión. Las bibliotecas universitarias son un buen lugar donde encontrar información. También la ayuda del profesor puede ser útil para

orientar la exploración. A partir de la lectura de esas fuentes –libros, fragmentos, artículos– y de su clasificación podremos ir elaborando nuestra hipótesis. Seguramente encontraremos referencias más generales y otras más específicas, bibliografía informativa y de opinión; artículos académicos de mayor densidad teórica y otros que debaten con la historiografía producida sobre ese hecho. También habrá otros materiales documentales, contemporáneos al acontecimiento estudiado, que podremos consultar para expandir nuestra comprensión del asunto. Para este caso específico, existen cartas de Hernán Cortés y testimonios de quienes, como Bernal Díaz del Castillo, escribieron sobre la conquista de México a partir de su propia experiencia. Luego de esta práctica de lectura tendremos que establecer nuestra propia posición para poder elaborar la hipótesis que articulará el escrito. Digamos que nos ha interesado el rol de la tecnología (los caballos, la pólvora) y que, en primera instancia, suponemos que la superioridad tecnológica de los españoles puede contribuir a explicar la victoria de los europeos. Esa será nuestra hipótesis, y a partir de su formulación reuniremos material autorizado sobre la misma, tanto si la comprueba como si la refuta, y empezaremos a elaborar nuestro escrito con el propósito de verificarla.

Práctica N° 2

Lea atentamente la siguiente lista de temas generales para una monografía, seleccione uno de ellos y realice una subdivisión. Una vez encontrados los subtemas específicos, fundamente su elección.

Temas:

El desempleo; el peronismo; la educación pública y la educación privada; el machismo en la Argentina; beneficios y desventajas de la energía nuclear; Internet y la educación; las culturas indígenas en la Argentina; el campo y la ciudad; la literatura policial; la música folklórica y el rock.

La escritura en la universidad, por lo tanto, se apoya en la lectura autorizada de otros escritos universitarios o científicos de los cuales se nutre y que son el punto de partida para establecer el asunto sobre el que tratará nuestro propio texto. Hay varias opciones para plantear un ensayo. Una de ellas consiste en organizar un “estado de la cuestión” sobre lo que se ha dicho respecto del tema seleccionado. Esta opción busca trazar un “mapa” de lo que se ha escrito, organizarlo y señalar cómo se encuentra la producción científica sobre ese problema (qué hay, qué falta, hacia dónde se dirige la investigación más reciente). El artículo citado sobre la familia brasileña responde a este modelo. Otro camino, más ambicioso, es emplear la información reunida para elaborar una perspectiva personal que no se limite a repetir lo que otros han observado, sino que lo emplee como base para proponer algo nuevo. Esta destreza depende de la capacidad de leer críticamente, es decir, no aceptar todo lo que se lee sin cuestionarlo, sino atreverse a discutirlo, tomar aquello que nos ayuda a fortalecer nuestra hipótesis y sustentar nuestro desacuerdo con aquello que se opone. Es importante destacar que, incluso aquellas interpretaciones que no coinciden con la nuestra, pueden contribuir a fortalecer la interpretación que defendemos y ayudarnos indirectamente a consolidarla.

3. La hipótesis en las humanidades y en las ciencias sociales

Según hemos visto, una vez determinado el problema sobre el que vamos a trabajar, a través de la **subdivisión** del tema y la consulta de bibliografía específica, tenemos que llegar a la hipótesis que es el punto de partida, pero no lo primero que se obtiene, sino el resultado de un trabajo de reflexión y estudio. La hipótesis, entonces, es central e indispensable para la escritura de un ensayo universitario, pero llegamos a ella luego de un proceso de lectura y meditación previo que demanda tiempo y concentración.

Habría que distinguir la hipótesis de una mera opinión, así como los griegos distinguían la **episteme** (ciencia) de la **doxa** (opi-

nión). La hipótesis en su sentido científico estricto es un enunciado del que no se sabe si es verdadero o falso, aunque se presume lo primero.² En el caso del ejemplo citado antes, la hipótesis podría sintetizarse así: “La superioridad tecnológica de los españoles determinó su victoria sobre los aztecas, a pesar de su inferioridad numérica”. A través del método hipotético deductivo pueden inferirse hipótesis derivadas y ponerse a prueba la hipótesis principal para corroborar su veracidad, confrontándola con otras sobre la misma cuestión. En este caso, la más frecuente atribuye la victoria europea al hecho de que los aztecas esperaban la llegada de dioses blancos desde el este, por lo que al ver a los conquistadores se sometieron a ellos. Para demostrar la verdad de esta explicación –que algunas investigaciones contemporáneas tienden a desacreditar– es necesario un estudio sistemático de la cultura azteca en el momento de la llegada de los españoles. La puesta a prueba de la hipótesis requiere que el autor mismo imagine objeciones, críticas e interrogantes a la idea que intenta defender, para asegurarse de su validez. Si la hipótesis principal o alguna de las derivadas no resisten la crítica, significa que es incorrecta y debe reformularse.

En las humanidades y las ciencias sociales se trabaja con el discurso argumentativo, cuyo método y propósito es lograr la adhesión del lector o la audiencia, procurando convencerlos de la validez de nuestro razonamiento. En el ejemplo elegido, la influencia de la tecnología en la conquista de América podría ser demostrada con solidez a través de la discusión y comparación con otras explicaciones del fenómeno.

4. Errores frecuentes: cómo detectarlos y corregirlos

Cuando ingresamos en la universidad debemos adaptarnos a un mundo nuevo, regido por reglas específicas y comportamientos a menudo desconocidos. El registro informal que a veces predomi-

2. Klimovsky, Gregorio y Miguel de Azúa: *Corrientes epistemológicas contemporáneas*. Buenos Aires: CEAL, 1997, p. 67.

na en la escuela media ya no podrá ser empleado en la universidad. Tendremos que ajustarnos a un nuevo código, que exige mayor precisión conceptual y también un vocabulario, una estructura y una organización de las ideas acordes con el **tono** propio del mundo académico. Las expresiones típicas de la lengua coloquial, como las que usamos para hablar con un compañero, y las abreviaturas que utilizamos al tomar un apunte o hacer un resumen, tendrán que ser reemplazadas por un **registro lingüístico** formal y próximo al razonamiento científico, que exige para cada idea un soporte, una consideración cautelosa y exhaustiva de lo que se ha dicho sobre esa cuestión y el apoyo de evidencia relevante.

Veamos algunas diferencias entre el registro informal, oral y escrito, y el registro escrito propio del mundo universitario.

Registro informal	Registro universitario
Me parece...	En mi opinión...
Me gusta/no me gusta	Es necesario fundamentar la elección más allá de gustos personales.
Es como que...	Es como si...
Se dice que...	<i>El autor tal</i> dice que...
La elite da el aspecto europeizante que se quería lograr.	La elite imitaba las modas europeas que <i>la clase dirigente</i> buscaba imponer en el país.
Porque si la elite era frívola te das cuenta que...	Porque si la elite era frívola <i>es posible darse cuenta de que...</i>
<i>Te representa</i> un acto de discriminación.	Representa un acto de discriminación.
x q'	por que
q'	que
Bs As	Buenos Aires

Hay también errores de registro que van más allá del tipo de lenguaje empleado. A veces tendemos a generalizaciones que desembocan en la imprecisión. Por ejemplo, “Todos los inmigrantes vivían en La Boca” en lugar de “*Algunos/muchos* inmigrantes *italianos* vivían en La Boca”.

También debemos evitar errores gramaticales. Entre los más frecuentemente cometidos, están los que siguen.

- A. *Incoherencia de tiempos verbales* entre proposiciones coordinadas o entre la proposición principal y la subordinada:
 1. “Esta tarea **reducía** [*pretérito imperfecto*] su capacidad de trabajo y no **es** [*presente*] rentable”, en lugar de “Esta tarea **reducía** su capacidad de trabajo y no **era** rentable” [*ambos en pret. imp.*], o: “Esta tarea **reduce** su capacidad de trabajo y no **es** rentable” [*ambos en pres.*].
 2. “Le **dijo** [*pretérito perfecto simple indicativo*] que **firmé** [*presente subjuntivo*] la autorización”, en lugar de “Le **dijo** que **firmara/firmase** la autorización” [*ambos en pretérito*].

- B. *Uso incorrecto de los modos verbales*, especialmente la sustitución de *subjuntivo* por *condicional* en la construcción condicional: “Si **tendría** dinero me compraría una nueva casa”, en lugar de “Si **tuviera** dinero me compraría una nueva casa”.

- C. *Uso incorrecto del gerundio*.
 1. El gerundio no puede expresar posterioridad respecto de la acción verbal. Es incorrecta la construcción “Viajó a Europa, **muriendo** en París”, en lugar de: “Viajó a Europa y **murió** en París”.
 2. Salvo el caso de *hirviendo* (“agua hirviendo”, “aceite hirviendo”, etc., que son construcciones correctas), el gerundio no puede calificar al sustantivo. Son incorrectas las construcciones como “carta **diciendo**” en lugar de “carta **donde dice**”.

- D. *Discordancia de número o persona entre sujeto y verbo.* Suele producirse el error con sustantivos colectivos, como:
 “La **gente** [*singular*] marginada no se **interesaban** [*plural*] por la participación política”, en lugar de “La **gente** marginada no se **interesaba** por la participación política” [*ambos en singular*], o “Las **personas** marginadas no se **interesaban** por la participación política” [*ambos en plural*].
- E. *Discordancias de género o número entre sustantivo y adjetivo:*
 “... el parque **automotriz**”, en lugar de “... el parque **automotor**”, etc.
- F. *Repetición cercana de palabras o sonidos.*
1. Cuando sea necesario mencionar varias veces el mismo concepto, debe recurrirse a sinónimos o pronombres para evitar la repetición:
 “Tomaremos como eje dos **películas** recientes: la **película** norteamericana *Haz lo correcto*, **dirigida** en 1989 por Spike Lee, y *Bolivia*, **película** argentina de 2001, **dirigida** por el **director** uruguayo Adrián Caetano”, en lugar de, por ejemplo, “Tomaremos como eje dos **películas** recientes: la norteamericana *Haz lo correcto*, **realizada** en 1989 por Spike Lee, y *Bolivia*, **producción** argentina de 2001, dirigida por el **cineasta** uruguayo Adrián Caetano”.
 2. Los sinónimos y las perífrasis permiten evitar la rima interna, que se produce cuando varias palabras seguidas o muy cercanas terminan en *-ción*, *-mente*, *-ado*, etc.
- G. *Transcripción incorrecta de nombres:* **Sábato** por **Sabato**; **Donghi** por **Halperín Donghi**, etc.
- H. *Uso incorrecto de los signos de puntuación.* El más frecuente es separar el sujeto del predicado con una coma innecesaria:
 “Los libros principales, son los que están en el segundo estante”, en lugar de “Los libros principales son los que están en el segundo estante”.

- I. *Reemplazo de la palabra adecuada por su homófono, lo que cambia o anula el sentido del periodo.* Por ejemplo, **sobretudo** en lugar de **sobre todo**; **desbastar** en lugar de **devastar**; **haya** en lugar de **halla**, o viceversa.
- J. *Uso del subordinante “de que” cuando corresponde “que” y viceversa.* Estos errores cada vez más difundidos en el habla y que han alcanzado a la escritura, se llaman respectivamente “dequeísmo” y “queísmo”.
 1. El primero, más infrecuente en sectores escolarizados, consiste en anteponer incorrectamente la preposición *de* al nexo subordinante *que* cuando el verbo principal no lo exige, por ejemplo: “Se piensa **de que...**” en lugar de “Se piensa **que...**”.
 2. El error opuesto consiste en elidir la preposición cuando es necesaria, por ejemplo: “El autor se muestra seguro **que...**”, en lugar de “El autor se muestra seguro **de que...**”.

Para solucionar este problema, existe un truco sencillo: se trata de reemplazar la proposición subordinada por el pronombre *eso* o *esto*, y comprobar así si hace falta la preposición. Por ejemplo:

“Escribe [**eso**]” = “Escribe **que...**”; “Sostiene [**eso**]” = “Sostiene **que...**”, etc.

Pero:

“Da cuenta [**de eso**]” = “Da cuenta **de que...**”; “Nos acordamos [**de eso**]” = “Nos acordamos **de que...**”, etc.

Recomendaciones para evitar los errores de escritura más frecuentes.

1. Preferir los tiempos verbales simples, en presente y en modo indicativo.
2. Privilegiar una escritura transparente y precisa, evitando circunloquios o barroquismos innecesarios.
3. Preferir las oraciones con sujeto a las impersonales.
4. Verificar que haya cohesión entre un párrafo y el siguiente.

5. No simplificar lo complejo.
6. Preferir las oraciones cortas, con pocas proposiciones subordinadas.
7. Emplear el diccionario para consultar el significado de las palabras que desconocemos y las ortografías en duda.

Una de las estructuras características del registro universitario es la cláusula hipotética del tipo “si... entonces”, por ejemplo: “Si la inmigración que llegó a la Argentina se hubiera podido instalar en zonas rurales, entonces la ciudad no habría sido el escenario del impacto demográfico”. Este tipo de estructuras permite un encadenamiento lógico que otorga solidez a la argumentación.

La explicación debe apoyarse en un razonamiento correcto y eficaz. Debe resumir los datos en la forma más objetiva posible, es decir, evitando hablar de uno mismo y teniendo en cuenta el tipo de lector al que se dirige el texto.³

5. Conocimiento y crítica

Para escribir, debemos manejar un conjunto de conocimientos adicionales relacionados con el tema abordado. Cuando nos referimos a una novela que alude a episodios históricos, es necesario, además de haber leído atentamente y más de una vez el texto, conocer cuáles son esos acontecimientos que la novela representa. También es necesario leer uno o más trabajos críticos sobre ella –también llamados bibliografía secundaria–.

Las ideas de un escrito universitario deben estar apoyadas en la investigación minuciosa del tema tratado. Aunque un estudiante que comienza todavía se encuentra muy lejos de ser un especialista, debe intentar actuar como si lo fuera, reconociendo sus límites pero aspirando a seguir las reglas del **conocimiento**

3. Puede consultarse al final del capítulo bibliografía adicional sobre errores gramaticales frecuentes y usos correctos del español. Véanse en particular los libros de María Marta García Negroni, María Moliner y María Luisa Olsen de Serrano Redonnet.

científico. La investigación y la lectura intensiva sobre un tema son fuente de placer. El desafío se encuentra en determinar la pregunta que despierte nuestra curiosidad, que es la llave para impulsar el deseo de aprender.

En la elaboración de un texto universitario, la relación de nuestro propio escrito con los ajenos no debe ser de obediencia y sumisión, sino de libertad, curiosidad y cuestionamiento. Esto significa que la lectura sobre la que se apoya la producción debe ser una lectura crítica y no subordinada a lo que otros autores dijeron. No debemos aceptar ciegamente lo que dicen las fuentes consultadas por el solo hecho de que estén publicadas, sino tomar aquello con lo que estamos de acuerdo y animarnos a argumentar nuestra discrepancia con aquello con lo que disentimos. Esta operación se llama **crítica** y debe estar presente en toda argumentación elaborada.

¿Por qué es importante la crítica? Porque sólo si cuestionamos lo que leemos vamos a ser capaces de encontrar nuevas ideas y construir nuestra propia posición sobre un tema. Un lector que acepta sin objeciones lo que sostienen otros, no asume su propia voz y no consigue aportar nada original. Para decir algo nuevo, debemos ser capaces de apoyarnos en lo que dijeron las fuentes exploradas, pero diferenciarnos de ellas. La lectura debe ser un punto de apoyo, pero no para ser repetida o parafraseada, sino para enriquecer las posibilidades de producir nuestro propio discurso.

Sin embargo, desarrollar una lectura crítica no significa, naturalmente, cuestionar sistemáticamente todo lo que leemos. Un buen escritor, que casi siempre es también un buen lector, debe esforzarse por entender lo que lee y no apresurarse a rechazar los juicios contenidos en el texto sin una razón que lo justifique. Un lector atento siempre tendrá algún intersticio por donde filtrar su desacuerdo o simplemente añadir algo que el texto del otro no menciona. Es frecuente que un texto inspirador deje "huecos" o zonas que pueden ser ampliadas y desarrolladas por sus lectores. Esta operación permite capitalizar la palabra ajena y "continuar" sus ideas, añadiendo nuevos elementos.

El primer paso entonces, para aprender a pensar críticamente y capturar ideas, es convertirnos en **lectores activos**. En la vida universitaria, esto significa que leer será, de ahora en más, también escribir.

6. Leer con el lápiz en la mano (consejos para cazadores de ideas)

El semiólogo francés Roland Barthes decía que la lectura es la suma de todos esos momentos en los que levantamos la vista del libro para pensar en una idea desarrollada o inspirada por el texto. En la vida universitaria será preciso capitalizar esos momentos y no dejar que se nos escapen. El mejor método es tener a mano un lápiz para anotar comentarios, subrayar palabras clave y registrar ideas incipientes capaces de dar lugar a una reflexión más profunda.

Esta práctica se llama **anotar el texto** y nos sirve para comenzar a determinar aquello que nos interesa y sobre lo cual basaremos nuestra lectura. Una de las maneras de anotar el texto es subrayar aquello que nos resulta interesante o hacer marcas en el margen, que pueden señalar temas que se repiten, oposiciones, alusiones a problemas que nos interesa investigar y todo tipo de relaciones internas del texto. También deberemos establecer relaciones entre texto y contexto: referencias históricas, sociales, políticas, culturales, etc. Veamos un ejemplo donde mostramos un camino posible para leer activamente un poema:

Dos patrias

Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche.
 ¿O son una las dos? No bien retira
 su majestad el sol, con largos velos
 y un clavel en la mano, silenciosa
Cuba cual viuda triste me aparece. ✓

¡Yo sé cuál es ese clavel sangriento ✓
 que en la mano le tiembla! Está vacío
 mi pecho, destrozado está y vacío
 en donde estaba el corazón. Ya es hora
 de empezar a morir. La noche es buena
 para decir adiós. La luz estorba,

y la palabra humana. El universo
habla mejor que el hombre.
Cual bandera
que invita a batallar, la llama roja
de la vela flamea. Las ventanas
abro, ya estrecho en mí. Muda, rompiendo
las hojas del clavel, como una nube
que enturbia el cielo, Cuba, viuda, pasa...

José Martí

Las marcas determinan un conjunto de primeras ideas sobre las cuales se ha armado una lectura del poema. Estas ideas servirán para dar forma a los ejes sobre los cuales se apoyará nuestro escrito. En este caso, la lectura ha considerado el tema de la patria, asociada habitualmente con la unidad (política, nacional, social), que aquí se encuentra duplicada, separada y dividida ante el yo poético. ¿Por qué patria y noche se aproximan en este poema? ¿Cómo explicar el primer verso? El exilio de Martí (el exilio mismo es una escisión acaso semejante a la que divide patria y noche) y su compromiso con la lucha por la independencia de Cuba están presentes en el análisis, y podrían servir para postular una hipótesis.⁴ La noche, aquí metáfora de la patria, nos habla de un espacio opuesto al día, que podemos asociar con la vida desordenada del poeta, que escribe de noche. Noche, entonces, está cerca de poesía y literatura y eso tal vez colabora con la interpretación de la obra, que de algún modo plantea la división entre el poeta y el patriota, y el llamado de la patria al poeta, cuyo ámbito es la noche, durante la cual escribe y sueña. La pregunta del segundo verso (“¿O son una las dos?”) puede leerse como la vo-

4. José Martí, escritor cubano (1853-1895), poeta y ensayista, vivió la mayor parte de su vida exiliado de su patria. Desde Nueva York participó de la resistencia contra la dominación española y conspiró por la independencia de Cuba. Murió en Dos Ríos, Cuba, herido por tropas españolas en la guerra de la independencia. Si desea mayor información consulte una biografía del poeta en una enciclopedia.

luntad de aproximar estos dos universos. Tal vez la patria es viuda del poeta, al que reclama como un trofeo, y el poeta asiste a su propia muerte, en nombre de la patria, inmolado como un héroe que sacrifica su vida por aquello que ama. ¿Qué significa el clavel sangriento? No sería incorrecto asociar esa figura con el corazón del poeta, cuyo pecho “está vacío” (le ha sido arrancado el corazón, como en un rito sacrificial). Los versos finales del poema hablan del llamado de la patria (el poeta está escribiendo de noche, a la luz de la vela, a la que compara con una bandera que lo convoca y reclama) y de cómo el poeta abandona la escritura para obedecer esa invitación irresistible, y también fatal. Cuba viuda (viuda de él) “rompiendo las hojas del clavel” está rompiendo su corazón, haciéndolo pedazos, matándolo, pero también, con ese sufrimiento, dándole materia para el poema mismo, que lo justifica y lo constituye como poeta.

El poema, en síntesis, señala una dependencia entre dos órdenes que no están necesariamente relacionados entre sí: la patria y la poesía. He aquí algunas ideas tomadas del texto anotado. La lectura de este estudiante se apoya en un conjunto de redes conceptuales. Constituyen aún una materia informe, pero pueden convertirse en una monografía.

Práctica N° 3

A partir de las ideas resumidas proponga un plan de monografía. Para ello realice los siguientes pasos:

1. Defina un problema.
2. Escriba una hipótesis.
2. Relacione la hipótesis con la evidencia textual.
4. Elabore una conclusión.

 Práctica N° 4

Busque alguno de los poemas citados a continuación y proponga un plan de monografía igual al de la Práctica N° 3, siguiendo los 4 pasos indicados.

Poemas: "Poema conjetural", de Jorge Luis Borges; "Vientos de pueblo me llevan", de Miguel Hernández; "La tierra y los hombres", de Pablo Neruda; "España, aparta de mí este cáliz", de César Vallejo.

Otro recurso recomendado para capturar las ideas que requiere la producción escrita es llevar un diario, también llamado **cuaderno de bitácora**. En él se registran los pensamientos que surgen respecto del asunto sobre el que se trabajará, desde las anotaciones al margen en las lecturas, ideas sueltas, juicios, acuerdos y discrepancias con la bibliografía, etc. Si se utiliza con regularidad (al menos una vez por semana; por lo general es recomendable una frecuencia mayor), la bitácora ayuda a mantener vivo el interés por el tema, y permite, en el momento de escribir, tener disponible un material que de otro modo se hallaría disperso. Tiene un gran beneficio adicional: concentra la atención en el tema de la monografía, ensayo o artículo, y canaliza la energía que luego se aplicará a plasmar el trabajo. No es indispensable, pero carecer de bitácora puede generar pérdida de tiempo, desorganización y olvido de ideas.

Un último recurso también útil es abrir en el mismo cuaderno una sección de **palabras clave** que formarán parte de la "caja de herramientas" indispensables. La identificación de palabras clave nos permite aislar conceptos importantes para nuestro análisis. En el caso del poema de Martí, algunas de esas palabras clave serán: patria, nación, exilio, poeta, escisión.

Para evitar la ambigüedad, es importante conocer el significado preciso de esas palabras y, en el caso de que parezca necesario, aclarar en qué sentido se usan en cada caso. No significan lo mismo, por ejemplo, patria, nación, país y Estado. Aunque seme-

jantes, cada uno de esos nombres alude a un concepto diferente. El primero tiene una connotación moral y afectiva; el segundo, histórica; el tercero, territorial; y el cuarto, jurídica. Sólo si estamos seguros del alcance que otorgamos a los términos que empleamos en nuestro análisis podremos generar un escrito coherente y persuasivo.

7. Escribir y ordenar

Si bien la armonía sonora y rítmica es un elemento estético inherente a la buena escritura, lo mismo que la originalidad estilística, en el caso de la escritura universitaria una de sus mayores virtudes radica en su **capacidad ordenadora**. Al poner nuestros pensamientos por escrito podemos reconocer en el papel qué sabemos y qué no y, sobre todo, nos volvemos capaces de organizar esos pensamientos: identificar cuáles son los más importantes para la argumentación, y descartar los irrelevantes. A través de una clasificación de las ideas, podemos establecer una secuencia y decidir qué poner primero y qué después. Escribir es dar una forma coherente y una estructura significativa al conjunto de ideas que hemos acumulado a través de la lectura, resúmenes, notas al margen y observaciones registradas en el cuaderno de bitácora. No hay un itinerario único para organizar un escrito, pero siempre es preferible privilegiar **la claridad y el rigor metodológico**.

El orden en una monografía universitaria debe dar prioridad a las ideas más importantes que hemos descubierto. Una práctica común en el sistema anglosajón es preceder cada párrafo con una oración temática (*topic sentence*), síntesis de la idea que se desarrolla a continuación con el añadido de ideas secundarias o subordinadas, detalle o información subsidiaria. De ese modo, el lector comprende claramente cada razonamiento antes de introducirse en el material que lo sustenta.

Una estructura semejante también puede aplicarse al conjunto de la monografía. En la **introducción** debe plantearse la hipótesis, que es la propuesta que el trabajo va a defender, ampliar

y corroborar. Por eso la introducción, aunque se ubica en el comienzo del texto, suele ser lo último que se escribe, una vez que el autor se ha cerciorado de los datos y recursos a utilizar.

En el **cuerpo del texto** deberán desplegarse y discutirse las ideas anunciadas en la introducción. Allí se analizan distintos aspectos del tema, se citan juicios de expertos, se dan ejemplos y se explican los criterios personales.

En la **conclusión** se retoman y reúnen todos aquellos elementos que sirven para verificar la hipótesis y se declara de manera nítida la **tesis** a la que hemos llegado.

8. El estilo y los destinatarios del texto

Es frecuente suponer que un lenguaje “difícil” y ostentoso puede impresionar favorablemente al lector. Sin embargo, los destinatarios de un trabajo universitario —profesores, colegas, especialistas— rechazan ese estilo, por lo general pesado y vacío, que identifican con el deseo de aparentar un saber que no se tiene. **Un léxico y una sintaxis innecesariamente complicados imponen barreras a la comprensión.**

Una estructura simple y bien pensada, en cambio, contribuye a ganar la atención del lector. Esto demanda comenzar por el principio, y componer la introducción de acuerdo con el destinatario del texto. ¿Cuánto sabe nuestro lector sobre el problema del que vamos a hablar? ¿Es necesario incluir información básica, o podemos darla por conocida? Es preciso no repetir información obvia, pero tampoco conviene eludir puntos necesarios para la comprensión. En la introducción debemos plantear claramente qué nos interesa y por qué. De ese modo anunciamos nuestra hipótesis y guiamos al lector sobre qué debe esperar de las líneas que siguen. Es bueno que la introducción sea original y atractiva, para capturar la atención de quien nos va a leer. Un buen recurso es presentar el tema a través de preguntas retóricas, es decir aquellas que serán respondidas por el propio autor a lo largo del escrito.

Un error muy frecuente es omitir los conectores entre un párrafo y el siguiente (“Asimismo”, “De hecho”, “En efecto”, “Por el contrario”, “Por su parte”, “Al mismo tiempo”, “Por un lado/ por otro lado”, etc.). Esta ausencia significa por lo general mucho más que una mera falla de estilo. Cuando no existe ilación entre períodos, se produce lo que en retórica se llama *non sequitur* (discontinuidad), cuya consecuencia es la ambigüedad. Es posible que el escritor sepa por qué B sigue a A, pero no lo expresó con claridad suficiente en el texto. Restablecer la relación significa para el lector un esfuerzo adicional, y no siempre su resultado coincide con la intención del escritor.

9. Escritura y revisión del borrador

Como hemos visto, la escritura propiamente dicha está precedida de una serie de pasos que incluyen lectura, reflexión, registro de apuntes e ideas, investigación y organización del material reunido. Nuestras notas e ideas preliminares deben conducirnos a definir la hipótesis, que será el eje central alrededor del cual articularemos el escrito. Si nos apegamos a la estructura pensada con anticipación en base a una lectura cuidadosa del texto, a la consulta de bibliografía secundaria y a la elaboración de una hipótesis luego de haber realizado los pasos señalados, la producción del escrito no será extremadamente difícil. Pero será necesario preguntarnos si el lector podrá comprender por qué estamos sosteniendo este argumento y si nuestras razones son suficientemente persuasivas. Podremos comenzar a escribir a partir de algunos puntos de apoyo.

Naturalmente, la **hipótesis** y la discusión de la misma en relación con los acontecimientos históricos o la evidencia textual deben encaminarnos a una conclusión. Según vimos en los ejemplos citados más arriba, si nuestro escrito trata sobre un acontecimiento histórico (la Conquista de México) deberá haber una **hipótesis** (“la tecnología europea jugó un rol central en ese proceso histórico”) y un **desarrollo argumentativo** en relación

con episodios específicos (“el avance de Cortés y las alianzas con grupos étnicos oprimidos por los aztecas; el sitio de Tenochtitlán; la habilidad europea en el empleo de la tecnología aplicada a vencer a los aztecas”). La argumentación es crucial porque allí ponemos todas nuestras energías para persuadir al lector acerca de la validez de nuestra hipótesis.

Si en nuestro estudio estamos trabajando con un texto literario, el camino será levemente diferente. La argumentación tendrá que destacar aspectos del texto estudiado relacionados con nuestra hipótesis. Deberemos subrayar momentos específicos del texto donde nuestra idea adquiere relieve (citas, episodios, escenas) y analizarlos con detenimiento, vinculándolos con la hipótesis, con el contexto y con los problemas culturales que nos interesan. Así, el lugar del poeta como mártir y héroe nacional es evidentemente central en el poema de José Martí analizado anteriormente.

La argumentación deberá llevarnos a una **conclusión** donde se recapitulan los puntos más importantes de la reflexión desplegada y se declara la **tesis** a la que hemos llegado, luego de un camino de lectura, reflexión y cuidadosa consideración de las respuestas posibles a la pregunta planteada en la hipótesis. La conclusión puede ser **cerrada**, es decir manifestar una convicción plena: “Sin la tecnología europea –la pólvora, las armas de fuego, la capacidad náutica y los caballos– los españoles no hubieran derrotado a los aztecas”, o **abierta**, es decir dejar espacio para la discusión: “El poema plantea a la nación como una síntesis posible entre poesía y patriotismo; la nación libre, sin embargo, aún no existe y se encuentra en un horizonte que Martí no verá con sus propios ojos, muerto en el campo de batalla de la lucha por la independencia de su país”. Cualquiera de las dos opciones es válida, siempre y cuando la conclusión sea el punto de llegada de un recorrido racional desde la hipótesis central y a través de hipótesis secundarias relacionadas entre sí.

Una vez terminado el primer borrador deberemos leerlo cuidadosamente para detectar los errores tanto en la estructura argumentativa (*non sequitur*, ambigüedades, generalizaciones, declaraciones sin un sustento bibliográfico o lógico, conclusiones apresuradas, etc.) como en el aspecto formal. La ortografía, la

puntuación, la sintaxis, los verbos y el conjunto de errores analizados anteriormente en el punto 4 de esta Segunda Parte (**Errores más frecuentes...**) tendrán que ser examinados con atención. Si se emplea un procesador de palabras no hay que confiar ciegamente en su eficacia. Es preferible emplear bibliografía específica, como un diccionario de usos del español (cf. **Bibliografía** de esta Segunda Parte).

En síntesis, para poder perfeccionar, corregir y aumentar la eficacia de la escritura es preciso adoptar una posición activa. Esto significa alcanzar un tipo de desdoblamiento que requiere separarnos de nuestro propio texto y ser capaces de leerlo como si hubiera sido escrito por otra persona. De ese modo seremos capaces de evaluarlo con justicia, reconocer sus puntos confusos y comenzar a pulir los errores. Este ejercicio de desdoblamiento requiere que cuando leemos nuestra escritura finjamos abandonar nuestro saber y nos pongamos en la posición de un lector “ingenuo”, al que ese escrito llega por primera vez. La virtud de una práctica como esta radica en procurar la máxima capacidad comunicativa de nuestra escritura.

10. La documentación

Todo trabajo escrito en el ámbito universitario debe consignar debidamente las fuentes empleadas y los textos sobre los que trabaja. Esta operación persigue varios propósitos. Sirve para otorgar crédito a los autores que hemos leído y dar prueba de nuestra honestidad intelectual: si no lo hacemos, podemos estar tomando ideas ajenas sin dejar la debida constancia de nuestra deuda y apropiándonos de lo que otros dijeron como si lo dijéramos nosotros mismos. Este gesto es básicamente un robo: implica tomar algo que no es nuestro y ocultar el acto para que nadie se dé cuenta. Se lo conoce como **plagio** y ha tenido cierta expansión, a partir del crecimiento de Internet.

Para un lector con cierta experiencia —como suele ser el caso de los profesores, lectores de la mayor parte de los textos pro-

ducidos en la universidad— no es difícil detectar el plagio: como los trabajos universitarios suelen ser la culminación de una relación entre docente y alumno, el lector por lo general ya conoce bastante a quien escribe y puede imaginar su capacidad y posibilidades. Pero incluso cuando el conocimiento entre escritor y lector sea escaso, no es difícil reconocer una escritura plagiada.

Por otra parte, cuando leemos un texto que nos proporciona nuevas ideas y despierta la imaginación y creatividad, es necesario informar dónde encontramos ese disparador, estemos o no de acuerdo con él. Eso permite a los lectores consultar esa fuente en caso de que les interese y también fortalece nuestro texto, al demostrar que hemos leído a otros autores en búsqueda de conocimiento sobre ese tema. Para cumplir con este objetivo, habitualmente se emplean notas a pie de página donde se consignan los datos del autor y del libro o artículo referido.

El sistema de notas es por lo tanto un componente central de un texto académico: tiene funciones internas y externas. Internamente, la organización de las referencias nos permite sistematizar el conocimiento que hemos adquirido sobre el tema que nos ocupa. Al ordenar la información reunida la estamos clasificando: “Lo que escribió X me resultó útil y me permitió pensar en este aspecto del problema, en cambio la opinión de Z me parece equivocada por tal razón, en consecuencia propongo este camino alternativo para explicar el asunto”.

Desde un punto de vista externo, al lector también le sirve la clasificación implícita en nuestro texto. Por un lado puede convencerlo (o no) de nuestra argumentación. Por ejemplo, podemos sugerir que fue la tecnología europea y no la religión azteca la que explica el triunfo de Hernán Cortés sobre los antiguos mexicanos. Pero por otro lado, le permite acceder a bibliografía específica sobre un problema derivado del nuestro que quizás le interesa. Si un lector quiere estudiar el proceso de independencia de Cuba y la formación de la identidad nacional cubana —aunque la literatura no sea su interés primordial—, nuestro texto puede brindarle acceso a nuevas fuentes bibliográficas, a especulaciones teóricas y facilitar su llegada al conocimiento sobre la cuestión. Escribir no sólo nos permite aprender a noso-

tros mismos, sino que es una herramienta clave para que otros aprendan y se eduquen.

11. La referencia bibliográfica en el texto universitario

Como señalamos al comienzo de esta sección, la escritura universitaria está regulada por un conjunto de normas. El modo de consignar las fuentes consultadas es una de estas reglas y tiene una importancia central precisamente porque facilita la circulación de la información.

Existen diversos modos de hacer una referencia bibliográfica.⁵ No hay ningún método más correcto que otro, pero sí es importante la unidad de criterio al respecto, es decir, que a lo largo de todo el trabajo debe usarse siempre el mismo. Aquí proponemos el que nos parece el más adecuado para entregar con la mayor claridad posible la información que el lector necesita.

En primer lugar se pondrá el **autor o autores** (apellido-coma-nombre), seguido/s de punto.

A continuación, el **título** de la obra. Si esta es un libro, película, revista o disco, escribiremos su nombre en letras itálicas o cursivas.

Por ejemplo:

- Borges, Jorge Luis. *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé, 1987.
- Lee, Spike. *Do the right thing*. Nueva York: 1989.

Si el título del libro tiene un subtítulo, este también debe consignarse en letra cursiva, como:

- Halperín Donghi, Tulio. *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987.

5. Para encontrar ejemplos de formas de consignar las fuentes y para ampliar la información sobre estrategias de escritura pueden consultarse los libros de Daniel Cas-sany, Miriam Álvarez, y el libro de Ezequiel Ander-Egg y Pablo Valle incluidos en la bibliografía al final del capítulo.

Si se trata de un capítulo, artículo o cuento incluido en un volumen, se escribirá en letra redonda, pero entre comillas, seguido del título de la obra a la que pertenece.

Por ejemplo:

– Borges, Jorge Luis. “Funes el memorioso” en *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé, 1987 [1944], pp. 46-58.

– Eco, Umberto. “Las estrategias de la ilusión” en Suplemento Cultural de *La Nación*. Buenos Aires, 17 de junio de 1985, pp. 1-2.

– Halperín Donghi, Tulio. “¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en Argentina (1810-1914)” en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1987, pp. 189-238.

Este sistema permite identificar con claridad el título, que queda diferenciado del resto de la información. La virtud de este procedimiento está en que permite reconocer cuándo hablamos del título de un libro y cuándo de un personaje. En un ensayo sobre el *Martín Fierro*, por ejemplo, el uso de la cursiva hará que el lector distinga si nos referimos al poema de José Hernández o a su protagonista. El orden y la puntuación de la información restante serán los que vemos en el ejemplo: **lugar de edición** (ciudad y no país; si no consta dónde fue publicado se indica “sin lugar de edición”, o su abreviatura “s/l”), **editorial** y **fecha de publicación** (si no consta fecha de publicación se indica “sin fecha”, o su abreviatura “s/f”). Una convención académica usual es separar lugar de edición y editorial por dos puntos. Es frecuente también incluir entre corchetes la fecha de edición original del libro, como vemos en el caso de *Ficciones*.

En el caso de que la fuente sea una página Web, o una publicación consultada a través de Internet, se mencionará la dirección completa de la misma, acompañada de la fecha en que fue consultada.

12. La cita de fragmentos

Las citas textuales deben anotarse entre comillas. Si se elimina de la transcripción algún fragmento, se pondrán en su lugar tres puntos entre paréntesis; y si se agrega alguna aclaración, se lo hará entre corchetes. Por ejemplo:

"La gran ciudad [de México] sigue conteniendo pueblos que preservan hábitos residenciales y fiestas de origen rural, y sus nombres sintetizan el componente hispano y el indígena (...) a la vez que sus habitantes se vinculan con la urbe moderna en sus lugares de trabajo y consumo (...)."

Aunque no hay un único criterio, los fragmentos breves se suelen incluir en el texto y, aparte, las transcripciones mayores de tres líneas, o que tienen una importancia específica. Si la investigación tiene por objeto un libro en particular, probablemente las citas de ese libro, debido a su importancia dentro del análisis, se ubiquen en párrafos aparte. La bibliografía crítica sobre ese libro, en cambio, probablemente será incorporada al cuerpo general del texto, en especial si se trata de comentarios no muy extensos.

Algunos autores prefieren incluir una nota a pie de página al final del fragmento, incluyendo allí la información referida al texto citado. Un sistema más actualizado opta por incluir al final de la cita al autor, la fecha del título citado y la página entre paréntesis. Al final del texto se incluirá una lista de la bibliografía, con la información completa sobre las ediciones utilizadas. Este sistema permite disminuir el número de notas a pie de página —que distraen la atención del lector y lo desvían del centro de la argumentación— y concentrar el hilo del texto en el cuerpo mismo de nuestro escrito. Por ejemplo:

Eric Auerbach sostiene que "la sanchización de Don Quijote se acentúa en los capítulos finales" (Auerbach 1975:118). En mi opinión este proceso puede observarse desde el comienzo de la novela.

○

La malicia de Yago siempre esconde segundas intenciones. Así, cuando intenta convencer a Otelo de la infidelidad de su esposa, apela a argumentos como el siguiente:

"Look to your wife. Observe her well with Cassio.
Wear your eye thus, not jealous not secure.
I would not have your free and noble nature
Out of self-bounty be abused, look to it.
I know our country disposition well.
In Venice they do let Heaven see the pranks
They dare not show their husbands".⁶

(Shakespeare 1971[1604]:111)

En el primer caso, la cita es breve y por lo tanto está incluida dentro del cuerpo de la propia escritura. Por tratarse de una cita de bibliografía secundaria (es un ensayo sobre *Don Quijote de la Mancha*), también tiene una importancia menor. En el segundo ejemplo, la cita es de una extensión mayor y pertenece a la obra analizada –*Otelo, el moro de Venecia*– y por lo tanto se ubica en forma separada.

Por último existe otro tipo de nota al pie, utilizado para incluir una reflexión de importancia, pero que se aparta del eje de nuestro ensayo. Puede tratarse de una idea vinculada con nuestra argumentación pero no central, o de bibliografía útil para quien se interese por un aspecto derivado del problema en cuestión.

Un sistema de referencias coherente y bien organizado es un elemento clave para el éxito de un trabajo escrito en la universidad: fortalece y legitima nuestra palabra y muestra generosidad hacia quienes nos leen.

Bibliografía

- Álvarez, Miriam. *Tipos de escrito II: Exposición y argumentación*. Madrid: Arco, 1997.
- Ander-Egg, Ezequiel y Pablo Valle. *Guía para preparar monografías*. Buenos Aires: Lumen-Humanitas, 1997.

6. Mira a tu esposa. Obsérvala bien junto a Casio./ Usa tus ojos así: ni celoso, ni confiado./ No querría que vuestro carácter noble y libre/ Fuera engañado por exceso de generosidad. Mira:/ Conozco bien las inclinaciones de nuestro país./ Las de Venecia, dejan que Dios vea los caprichos que no se atreven a mostrar a sus maridos.

- Auerbach, Eric. *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México: Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Cassany, Daniel. *La cocina de la escritura*. Barcelona: Anagrama, 1989.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México: Editorial del Valle de México, 1981.
- García Negroni, María Marta (coord) et al. *El arte de escribir bien en español*. Manual de corrección de estilo. Buenos Aires: Edicial, 2001.
- Halperín Donghi, Tulio. *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987.
- Klimovsky, Gregorio y Miguel de Azúa. *Corrientes epistemológicas contemporáneas*. Buenos Aires: CEAL, 1997.
- Martí, José. *Versos libres*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1976.
- Moliner, María. *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos, 1978.
- Narvaja de Arnoux, Elvira; Di Stefano, Mariana y Pereira, Cecilia. *La lectura y la escritura en la Universidad*. Buenos Aires: Eudeba, 2002.
- Olsen de Serrano Redonnet, María Luisa y Alicia María Zorrilla de Rodríguez. *Diccionario de usos correctos del español*. Buenos Aires: Estrada, 1977.
- Shakespeare, William. *Othello: the Moor of Venice*. London: Penguin, 1971 [1604].